

JESÚS PONS DOMINGUIS, *De Platón a Cervantes: los peligros del Curioso impertinente*, Instituto Juan Andrés, Madrid, 2024, 310 pp., ISBN: 978-84-19901-07-1.

Que Platón expulsara a los poetas de la ciudad ideal hizo que el valor de la poesía quedara en entredicho (si tenemos filosofía, ¿para qué queremos poesía?). Desde entonces, la relación entre filosofía y poesía, entendida como literatura o, de manera más amplia, como ficción, ha sido complicada. El actual interés por la novela filosófica o la defensa de conceptos como la razón poética son intentos de conciliación fruto de una mala comprensión de la crítica platónica a la poesía y, en esencia, de la verdadera naturaleza de la poesía. Es importante reparar en el hecho de que los diálogos de Platón son, en cierto modo, literarios y recrean una Atenas ficticia para darnos cuenta de la gran ironía que supone el mal entendido desprecio de Platón hacia la poesía. *De Platón a Cervantes: los peligros del Curioso impertinente* se propone, entre otras cosas, estudiar la mimesis platónica para después aplicarla al *Curioso impertinente*, novela intercalada en *El Quijote*, con el fin de discutir cuál habría de ser la actitud del lector de cara a la ficción. A juicio del autor, es Platón, y no Aristóteles, quien puede ayudarnos a comprender el pensamiento cervantino; una de las tesis a defender será que, para el autor del *Quijote*, lo distintivo de la ficción no es la verosimilitud sino la maravilla y que, solo cuando se renuncia a esa verosimilitud, es posible crear una poética que deleite y entretenga sin pretensiones moralizantes y sin caer en la mala mimesis. Así pues, la *eutrapelia* cervantina, concepto central del volumen y que resume la poética cervantina, no sería más que la idea de que la literatura es un engaño con gracia, un juego en el que el lector se deja hechizar momentáneamente sin olvidar que no se está exponiendo a la realidad y que, por tanto, no puede tomárselo demasiado en serio. Don Quijote es, pues, el claro ejemplo de lo que puede suceder cuando uno confunde realidad y ficción, pues, como leemos en el mito final del *Fedro*, la literatura es un fármaco, antídoto o veneno dependiendo de quien lo consuma.

Las similitudes entre Platón y Cervantes empiezan en la forma que dieron a sus obras. Tanto los diálogos como *El Quijote* prueban que es posible crear una obra literaria ejemplar, en un sentido estético y no moral, sin necesidad de copiar, pero utilizando los géneros y preceptos artísticos existentes. En la introducción, el autor recupera lo que Ortega intuyó acerca del final del *Banquete*: que, en el momento en que Sócrates conversa con Agatón y Aristófanes y sostiene que un mismo poeta debería poder escribir tragedia y comedia, se encuentra el nacimiento de la novela. Dicho de otra manera, el carácter tragicómico de la vida (y de la novela) hace que la filosofía, por el mismo motivo por el que la literatura fue concebida por Cervantes como *eutrapelia* y *eutropelia*, requiera lo que Ortega llamó “alcionismo jovial”. Un diálogo platónico es, al mismo tiempo, tragedia y comedia. En un diálogo platónico, intervienen personajes ejemplares y otros que no lo son tanto. Reducir la mimesis platónica a la crítica realizada en la *República* es, probablemente, lo que lleva a obviar que el propio Platón escribió jugando con los límites de los géneros literarios de su tiempo y con su crítica a la poesía imitativa: los elementos teatrales, los mitos, las citas

a Homero e Isócrates... la expulsión de los poetas no es más que la expulsión del tipo de mimesis que produce ilusiones, el tipo de fantasías que llevaron a Don Quijote a desencantarse con la realidad. A la hora de discutir el problema de la mimesis, el autor parte de la distinción hecha en el *Sofista* entre mimesis *eikastica* y mimesis *fantástica*, siendo la primera productora de imágenes que respetan las verdaderas proporciones del modelo y la segunda productora de simulacros que no reflejan la realidad. Este segundo caso es el que supone un peligro, pues facilita la confusión de planos entre realidad y ficción y el desorden de las pasiones del lector, pues “incluso los filósofos se relajan en su vigilancia para obtener de la representación su propio bien: el placer”. Pensemos en Don Quijote diciendo sobre Dulcinea que “yo la pinto en mi imaginación como la deseo”. Solo cuando lo creado se independiza del modelo, es necesario preguntarnos cuánto de verdad hay en lo que inicialmente era una apariencia. Esto, sumado al inconsciente deseo mimético del lector y el consecuente deterioro moral que trae la exposición a malos modelos, lleva a la expulsión de los poetas. Para Platón, el principal problema de la mimesis es su capacidad para “transformar nuestro carácter en función del modelo o paradigma que hemos elegido imitar”. Adquirir momentáneamente los rasgos del personaje imitado supone el riesgo de que éstos conformen una segunda naturaleza por una desproporcionada implicación con la ficción; aunque es importante recordar que en la *República* no se niega la posibilidad de imitar buenos modelos y que, al fin y al cabo, Platón ha distinguido un tipo de mimesis capaz de crear imágenes (y no podemos olvidar que, al fin y al cabo, la *eikasia* forma parte del símil de la línea). Sin embargo, y respecto a esto podríamos ver en los diálogos y en *El Quijote* una respuesta ejemplar, cabría preguntarse qué tipo de obras podrían construirse sin representar desgracias o risas inapropiadas. Quizá esta sea la razón de que, en última instancia, la solución que parecen ofrecer tanto Platón como Cervantes sea la discreción del lector. Si comparamos el *Fedro* con *El Quijote*, repararemos en que tanto Fedro como Don Quijote son el tipo de lector que Platón y Cervantes consideran vulnerables a los peligros de la mala mimesis. Ambos son personajes que leen de manera acrítica y desean imitar y reproducir los escritos que admiran. Identificar el deleite que suscitan el discurso de Lisias y los libros de caballerías como una fuente de conocimiento fijo y definitivo causa que la verdadera escritura, “la que se produce en el alma”, no pueda darse. Por decirlo así, el lector discreto cervantino es aquel que se cuida del hechizo de la palabra y que ha comprendido que debe “apropiarse del discurso escrito y (re)crearlo en el alma”, que la ficción no es un espejo de vida porque la poesía no está necesariamente comprometida con la verdad. Puede que el poeta no mienta en la medida en que transmite sus pensamientos o sentimientos, haciendo uso de la inspiración o ingenio, que no dejan de ser un don, y del arte de la palabra, pero esto no justifica la creencia de que hay verdad en la poesía. Dar por hecho el nexo entre poesía y verdad limita al artista a la verosimilitud, a la mala mimesis y a la exigencia de solamente representar caracteres ejemplares que, como expuso Cervantes, no son efectivos a la hora de enseñar el camino de la virtud; en cambio, cuestionar este nexo da mayor libertad a la creación y siempre es posible “deleitar mediante el honesto entretenimiento”.

La interpretación platónica de la poética cervantina tenía como fin una mejor comprensión de la centralidad del *Curioso impertinente* en los relatos intercalados del *Quijote* y del uso de la mimesis dentro del propio relato, pues, en suma, se trata de una novela ficticia, en la que sus personajes utilizan la poética y retórica miméticas, dentro de otra. El *Curioso impertinente* nos cuenta cómo el deseo irracional de Anselmo de probar la virtud de su esposa Camila termina en tragedia para todos los personajes: Anselmo, sin ninguna razón en especial, pide a Lotario, su mejor amigo, que intente seducirla, obteniendo como resultado no solo que Camila caiga sino que Lotario

termine enamorándose de ella y que, finalmente, la verdad acabe siendo revelada como venganza a Camila por un episodio de celos. A partir de este relato, se discutirá el fracaso de la *auctoritas* literaria (y con ella, la de la concepción literaria de la teología moral) y el problema de la *curiositas*, propios del Barroco, además de otros temas como la relación entre virtud y voluntad o la innovación que supone a nivel temático y formal el *Curioso impertinente*. Hemos de tener en cuenta que, en la época de Cervantes, los censores no veían con buenos ojos los libros de caballerías porque, según la teología moral, la finalidad de la literatura era educar y éstos no eran verosímiles. Don Quijote, como ya hemos mencionado, es una parodia de lo que la censura temía que pudiese pasar con los lectores de los considerados malos libros. Sin embargo, la locura del personaje no se atribuye únicamente a su género literario preferido sino a sus hábitos y actitud hacia la lectura. Como explica el autor, durante el Renacimiento se dio una textualización del conocimiento que acabó provocando una obsesión por la lectura carente de sentido y que premiaba la cantidad a la calidad. Éste guarda relación con la *curiositas*, entendida como un deseo desordenado, como el de Anselmo, por saber, con la particularidad de que éste no está realmente orientado hacia la verdad o el conocimiento sino al placer momentáneo que uno siente ante la novedad. Como se nos explica por medio del *Filebo* en uno de los capítulos, la tragedia de Anselmo, al fin y al cabo, ha sido provocada por un deseo descontrolado y falso contra el que ni siquiera los intentos persuasivos de Lotario (y aquí vemos el fracaso de la *auctoritas*) pudieron hacer mucho. Así pues, podemos añadir a la caracterización del discreto lector el que sea un estudioso y no un curioso, es decir, una persona que, al no haber convertido el conocimiento en un fin en sí mismo, ha mantenido el vínculo de la verdad con el mundo real. En este sentido, la *studiositas* puede vincularse a la *sophrosyne* platónica de la que, precisamente, Don Quijote y Anselmo también carecen. Respecto a la *curiositas*, cabe destacar lo ambiguo que resulta que, como señala el autor, ésta sea concebida como un rasgo natural en el ser humano y también como un vicio, pues, de manera similar, Cervantes presentará la infidelidad de Camila como una muestra de humanidad y carnalidad en vez de como un pecado.

En conjunto, *De Platón a Cervantes: los peligros del Curioso impertinente* es un trabajo que ofrece un punto de vista rico y novedoso acerca del problema de la mimesis. Sin embargo, aunque reconozco y agradezco la honestidad con que el autor ha tratado las fuentes en que se ha basado y la cantidad de conocimientos que ha querido transmitir acerca del contexto histórico de Cervantes, pienso que quizá una ordenación y presentación diferente de la información habría hecho ganar encanto al libro. El abundante número de citas, a veces demasiado extensas, ha terminado conformando un estilo excesivamente académico que podría no hacer justicia al valor del contenido de la obra. Por decirlo en sus propios términos, estos aspectos parecen favorecer más la *curiositas* del lector que la *studiositas*. Aunque, si se nos permite acabar con una broma amable, uno podría preguntarse hasta qué punto el filósofo, si bien no toma como ejemplo a Anselmo, no deja de ser un curioso impertinente.

Eric Jiayu Martos